

GEDEÓN

ES EL PERIÓDICO DE MENOS CIRCULACIÓN DE ESPAÑA

10 céntimos NÚMERO SUELTO 10 céntimos

DIRECCIÓN: LCPÉ DE VEGA, 39 Y 41.—ADMINISTRACION: SERRANO, 55

AÑO XI

MADRID; JUEVES 30 DE MARZO DE 1905

NUM. 488



EL PRIMAVERA VILLAVERDE

GEDEÓN.—¡CARAMBA, D. RAIMUNDO, CÓMO SE LE HA PUESTO Á USTED LA FISONOMÍA!...

VILLAVERDE.—ES LA PRIMAVERA, GEDEÓN, LA PRIMAVERA MÉDICA...

GEDEÓN.—¿NO LE VAN Á CONOCER Á USTED NI EN LAS CORTES!

JUEVES DE GEDEÓN



Qué flaco estás, Gedeón!

—Sí, Calínez; á mi pesar, me voy quedando en los huesos. Pero tú tampoco tienes que echarme nada en cara.

—Es verdad; yo también enflaquezco rápidamente. En una semana he perdido tres libras.

—¿Será por la vigilia?

—No, es por Villaverde.

—¿Cómo! ¿Enflaquecemos por D. Raimundo? Yo creí que era por el bacalao.

—También yo lo creía así al principio, pero luego noté que no sólo tú y yo, sino todos los españoles nos íbamos quedando convertidos en obleas. No puede ser, me dije, que el enflaquecimiento general sea producido por el obligado bacalao de la Santa Cuaresma, puesto que hay muchísimos españoles que ni siquiera prueban ese testarudo pez, cuyo mejor guiso es á la vizcaína. Y no siendo el abadejo causante de nuestra pérdida de tejido adiposo, no cabe duda de que lo es el otro Abad ó el otro Abadejo que hoy dirige la comunidad española. Enflaquecemos de Villaverde, y nos moriremos pronto de Villaverde, si Dios no lo remedia.

—Muy grave es, querido Calínez, cuanto acabas de decir. No se le puede culpar á un hombre de la muerte de todo un pueblo sin alguna razón contundente, alguna prueba irrefutable.

—¿Y qué más prueba quieres de mi afirmación que lo que ocurrió con la pobre peseta? ¿No vino D. Raimundo á sanearla, asegurando que si ésto no se hacía instantáneamente, la infeliz se iba por la posta? ¿Pues bien, ya se ha ido!

—Eso es verdad.

—Y el mismo camino de la peseta seguimos todos los españoles. También aseguró D. Raimundo que él era el único capaz de reconstituir nuestra Hacienda, y que esa obra se imponía con caracteres urgentísimos. ¡Tanto y tanto ha trabajado en ello, que por de pronto nos hemos quedado sin comer! El hambre produce terribles estragos en toda España, aunque griten más los andaluces, porque es gente más ruidosa; pero la calamidad origina igualmente sus daños y efectos en todas las regiones de la península. El problema de las subsistencias, como ahora se llama á la falta de alimento, escarabaja todos los cerebros, ¡oh dolor! y todos los estómagos de España, y si sigue Villaverde en el Poder y estudiando la manera de hacernos felices, el mejor día estiramos todos la pata, salvo la suya, con el último bostezo. Es terrible D. Raimundo cuando se mete á sanear algo, y por eso, créeme Gedeón, que no es que enflaquezcamos los españoles como á primera vista parece, sino que nos sana Villaverde. Ahora su saneamiento conduce indefectiblemente al camposanto.

—Pues nos hemos lucido, Calínez. Si siquiera reventáramos de gordos y de lu-

cidos, esa era una muerte dulce y agradable; pero morir de flacura é inanición, viendo pasar entre los ensueños de la agonía su barriguita coquetona, que empuja en la misma garganta y concluye donde no puede decirse, ¡eso es atroz! No, no; yo no me resigno á una muerte tan triste y desconsolada, yo quiero comer, yo quiero engordar; yo quiero tener abdomen como el Presidente del Consejo de Ministros. ¡La muerte á lo Weyler, sequito y desfilachado, me espanta!

—Pobre Gedeón, eso mismo dicen, eso mismo claman inútilmente todos tus compatriotas. El mal no tiene remedio, ¡acuérdate de la peseta! O como nos decían aquellos malditos yanquis: «¡Acordaos del Maine!»

—Sí, sí, me acuerdo de todo; pero ¡eal no me conformo con mi destino. Puesto que D. Raimundo nos va á matar de inanición á fuerza de reconstituir y engrandecer nuestro Erario, ¡qué demonio! concluyamos antes con Villaverde. Todos los periódicos publican largas ristras de desconsolados telegramas bajo el epígrafe de «La crisis del hambre». Sustituyamos esta última palabra por el apellido del ilustre y muy reconstituyente estadista, y ¡uzca ya con todas sus alegrías el sugestivo epígrafe de «La crisis de Villaverde». ¿O es que no le van á echar del Poder hasta que éntre en Va'encia el padre Nozalada? ¿Y si le secuestráramos?

—¿A quién? ¿Al Padre? ¡Pues habíamos hecho una ganga! Come más que un sabañón: pregúntaselo á los Pidalés.

—No, Calínez, á D. Raimundo. Ahora que están de moda los secuestros rocambolescos, con coches preparados, columnas de hierro con travesaños en cruz, hombres que ocultan su cara bajo el antifaz, y demás gracias folletinescas, no caería mal el secuestro de Villaverde. ¿Tú sabes si va á la cuarta de Apolo?

—¡Puede! Por si acaso, le buscaríamos en Romea.

—O en cualquier otro sitio oculto y misterioso. Su graciosísimo físico nos lo denunciaría en seguida. Le echábamos un pañuelo á la boca.

—¿Para qué?

—Para tapársela.

—No; para eso bastaba con llevarle delante del Congreso.

—Bueno, le llevábamos delante del Congreso, y una vez asegurados de su silencio le metíamos en un coche.

—En un automóvil; le producen grandísimo pánico.

—Eso es, en un automóvil, é inmediatamente taff, taff, taff...

—¿A dónde?

—A casa de Maura. Allí habrá columnas con cruces.

—Pero hombre, ¡vaya una novedad! Maura le tiene secuestrado hace tiempo. ¡Ya lo sabe hasta Montero Ríos!

—No importa, le secuestrábamos nuevamente en casa de Maura, y después á pellizcarlo.

—¿Si no han hecho otra cosa los mauristas desde que cayó D. Raimundo como un bólido dentro del Poder! ¡Ay, Gedeón, el hambre nacional obscurece tu poderosa fantasía! Pareces un autor del género chico, y aun del género grande. No se te ocurre más que lo que se le ha ocurrido ya á todo el mundo. El secuestro de Villaverde lo realizó Maura hace bastantes meses; y en cuanto á pellizcarlo hoy, dudo mucho que encuentres dónde. Todo se lo han pellizcado ya, incluso aquello que fué un día penacho de su gloria. De esos pellizcos se encargaron los luises. Discurre otro procedimiento más original para librarnos del funesto saneador de la peseta (que santa gloria haya).

—Yo sé cuál es ese procedimiento, pero él se resiste como un diablo á entrar en las Cortes. Una vez allí, cátales difunto.

—Tampoco es muy original la cosa, pues hasta en Lourizán lo dicen los gallegos; pero sí, eso de meterle en las Cortes nos daría resuelta la dificultad. Apenas se colocaran los maceros, Villaverde se desvanecía en el banco azul. El caso es meterle.

—Justo, el caso es meterle. ¿Cómo se le mete á un hombre que reclusa?

—Claro; pero con un poco de habilidad... Mira tú, todos los que quieren que vaya Villaverde á las Cortes, le ponen frente al Congreso y empiezan á empujarle hacia adelante. El se sustrae fieramente á los empujones, retrocediendo cada vez más. El caso era ponerle de espaldas al Congreso y empujarle también hacia afuera. Sus reculones violentos le llevarían, sin darse cuenta, al mismo banco azul. Este procedimiento se emplea en algunos casos para embarcar muy agradables jamones y salchichas en vivo, y si no entran así los ministros actuales en el Congreso, no entran de ningún modo. Conque ya lo sabes, Gedeón: ó como los jamones, ó no van.

—Tienes razón, Calínez. Voy á decirle á Maura tu ocurrencia para que la emplee cuanto antes.

—¡Ah! y felicítale por la muerte de España.

—¿Felicítarle por el fallecimiento de tan discreto é inteligente periódico?

—Sí, hombre; ha sido su último acto de oposición. Decidió el fin de su órgano en la Prensa para que la gente pudiera decir: «España ha muerto bajo el Gobierno de Villaverde.» Todos los actos de Maura revisten secreta intención. ¿Jesuíta y se ahorca? Cuenta le tendrá. Felicítale. Antes mató *El Español*, ahora mata á España. Dile que tenga piedad de nosotros: ¡que no funde un periódico más!



CAMINO DE MARRUECOS

EL FRANCÉS AL ALEMÁN. — CUANDO TÚ VAS, YO VUELVO



EL PRESIDENTE SECUESTRADO

A la hora de cerrar la edición recibimos una estupenda noticia que viene á demostrar una vez más lo deficiente de nuestra policía y la falta de vigilancia. En uno de los sitios más concurridos de Madrid y á la hora que pasaba más gente, se ha cometido un escandaloso y cínico secuestro que deja pequeño al que no hace muchos días se

ha realizado con un joven en esta nueva Corte de los milagros.

Salía D. Raimundo de la Presidencia orondo y satisfecho como en sus juveniles días, cuando se sintió fuertemente cogido por detrás, ¡parece mentira! y tapada la cabeza y boca con su discurso en el homenaje de Echegaray; lo metieron á viva fuerza en un coche de punto y después lo subieron á un cuarto más oscuro que su porvenir. En aquel cuarto, y con dagas silvelistas, comenzaron á pincharle en la tripita y á pedirle los miste-

riosos secuestradores que les revelase el secreto para sanear la moneda. ¡Inútil! ¡Cuatro días sacándole tiras de la piel, como hacen los amigos de Maura, y sin conseguir su propósito!

Convencidos ya de que Villaverde no sabía una palabra del asunto, le subieron á un tranvía, con los ojos vendados, dándole orden al cobrador de que parase en la Presidencia, y allí le dejaron como á un fardo.



Una visita

—«¿Se puede?»—Una voz amable repitió con insistencia, y pronto me hallé en presencia de una mujer admirable.

Tipo ideal y perfecto de la más alta hermosura, nadie hallara en su figura ni el más ligero defecto.

Entre gasas y entre tules su cuerpo se dibujaba... Ondas de luz arrojaba de sus ojazos azules...

Suave y penetrante aroma todo su ser despedía... su espalda se defendía con dos alas de paloma...

Yo, que de entusiasmo ayuno me hago pocas ilusiones, y que aunque veo visiones no las doy crédito alguno, al ver ésta me quedé

absorto y perdí el sosiego; mas al recobrarlo luego, tranquilamente la hablé:

—«Ruego á usted que la demora me perdone en recibirla...

¿En qué puedo yo servirla?...

Usted me dirá, señora...»

...Soltó una risa sincera que cosquilleó en mi oído...

—«¡Tonto!... ¿No me has conocido?»

¡Pues yo soy la Primavera!...

Y me parece algo injusto el miedo que te he causado...»

La respondí contrariado:

—«¡He tenido tanto gusto...!»

Ella hizo un gesto gracioso y respondió:—«¡Esto es echarme! ¿Qué modo de saludarme tan pobre y ceremonioso!...

Cantaban mi aparición

ayer, los vates sinceros,

con versos, aunque ligeros,

muy propios de la estación;

y hoy no me enviáis siquiera

cuatro palabras rimadas...

¡Vuestras líras averiadas

desprecian la Primavera...!»

Respeté su sentimiento...

Pasó por su frente pura

la sombra de una amargura

desvanecida al momento...

Y luego la respondí:

—«Bien sabes que te esperé,

no ignoras que te canté,

confieso que te seguí...

Mas ¿por qué has de reprendirme,

creyendo que te he olvidado,

si eres tú la que has dejado,

Primavera, de quererme?

Ya de tu alegre mirada

no me alumbran los destellos;

ya mis dorados cabellos

van tocando retirada;

ya de escribir á destajo

me encuentro aburrido y triste;

ya el buscar chiste tras chiste

me va costando trabajo...

No extraño lo que me pasa

cuando mi sér se desquicia,

ni yo te pido justicia

solamente por mi casa,

pues no he ignorado jamás

para qué las alas tienes...

pues ¡ay! tú volando vienes,

¡pero volando te vas!

Son todos mis compatriotas

los que de ti tienen quejas,

pues de tu mano les dejas

con sus ilusiones rotas.

Ves que su entusiasmo eterno

sin pudor les desvalijan,

y aguantas que les dirijan

hombres con alma de invierno!

Y hoy, contemplando impasible

la fortuna que se pierde,

nos dejas á Villaverde, ¡que es contigo incompatible!

Ya hasta tu noble reinado

nos parece triste, obscuro.

Por eso, al volver, te juro

que nos tiene sin cuidado.

Perdóname, pues, la endecha,

ya que nunca te incomodas,

en vista de que son todas

las frases de mi cosecha...»

—«Bueno—contestó amoscada.—

Como orador, me resultas;

mas no vengo de consultas,

porque no me duele nada;

y, en fin, señor pesimista,

si te pasé mi tarjeta

no fué en busca del poeta,

vine á ver al periodista...

Hijo, cambian las edades;

me estoy materializando,

y yo también voy buscando

las pompas y vanidades;

si es cierto que me has querido,

aunque hoy á mi amor renuncies,

espero de ti que anuncies

á las gentes que he venido...

Di que á embellecer el día,

como de costumbre, vengo,

y que aún perfume, pues tengo

llena la perfumería;

que traigo mis ruiseñores,

mis rosas y mis jazmines,

brisas para los jardines,

ansias para los amores,

ideas, algo averiadas,

para el héroe que se atreva...

¡y un poco de sangre nueva

para las venas cansadas...!»

Risas, alegres canciones,

ensueños, dorados planes,

proyectos, nobles afanes,

juveniles ambiciones...

En fin, la de siempre soy,

aunque me has desconocido...

Conque anuncia que he venido,

y buena suerte... ¡Me voy...!»

Salió... Se acabó el encanto...

Y aquella beldad divina

dejó en mi mano una espina

de las rosas de su manto...



Razones contundentes

Pues señor, así como hay interesantes peleas de gallos en las que se hacen entusiastas apuestas, en el Ateneo hay también riñas de oradores en las que toman parte, y con buen éxito, algunos socios y aficionados que gustan bajar al redondel.

No hace muchos días dos contendientes vinieron á las manos, sin duda por no tener más elocuentes medios de expresión en las doctrinas que respectivamente defendían, y á falta de razones, buenas son otras cosas; y lo que dirían los exaltados propagadores: «¡Ya que no puedo meterle á este hombre en la cabeza mis ideas moralmente, á ver si dándole un golpe se las introduzco de una vez!»

La cosa pasó, volviendo nuevamente la paz y el sosiego á la clásica *cacharrería*; pero la otra noche, y con ocasión de discutirse la Memoria de un ateneísta sobre *Educación política*, se representó el segundo acto de la misma con admirable éxito, y sin respetar la memoria, ni la educación política, ni la corriente; allí se armó un *escalzaperras* de regulares proporciones.

Algunos socios querían que el debate

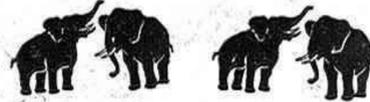
continuara; pero el Sr. Corrales no fué de ese parecer, y abandonó la sala.

Los porteros del Ateneo, obedeciendo la orden, apagaron las luces del local, y entonces se produjo un alboroto que duró, en medio de grandes protestas y gritos, hasta que la claridad volvió de nuevo, y el salón quedó desalojado.

A consecuencia del escándalo, hubo su correspondiente cuestión personal, para que nada faltase, entre un socio y un miembro de la Junta directiva.

Como los debates en el Ateneo tomen ese camino, no diremos que de ellos brotará la luz, pero que el resumen lo harán las Casas de Socorro, no cabe duda alguna.

Y siempre es un tanto que nos podremos apuntar en el tanteo de la cultura.



Una medalla que no tiene nada que ver con Nobel

Tristes mudanzas las del destino! ó echando mano de una cita de bastante circulación, ¡cómo cambian los tiempos! Ayer el gran D. Raimundo paseaba triunfante entre las multitudes su nariz chata, su sonrisa de financiero incomparable; las gentes, al verle, se detenían á contemplarle, los coches suspendían la circulación, los padres levantaban en vilo á los niños para mostrárselo; á los balcones asomaban su curiosidad muchas personas, y todos decían respetuosamente, indicándole con el dedo que tenían más á mano: «¡Ahí va Villaverde, el prometido por Silvela, el Mesías de los cuatro reales!» Y nuestro hombre sonreía gozoso aceptando el homenaje, aunque sin media peseta Nobel. Pero hoy, el reverso de D. Raimundo no puede ser más triste, mucho más triste que en sus primeras peregrinaciones, aun antes de lo de la famosa credencial, lo único que ya le queda á D. Raimundo, aunque haya quien también asegure que en esto, como en todo, ha venido muy á menos. Hoy la gente cuando le ve pasar se hace la distraída; nadie le saluda, y no le ceden la derecha como entonces. Y si se vuelven algunos á verlo, es para decirle burlonamente con el timo: «¡Ahí va, ahí va, el tío del gabán!» ó también esto otro que oímos el otro día: «¡Ahí va, ahí va, un Presidente más!»

¡Todo se ha perdido, hasta el carácter! De D. Raimundo parecían ponerse en duda sus condiciones políticas, su genio financiero, hasta su gloriosa leyenda amorosa y audaz, todo, menos algo muy típico que le convirtió en *ó terror dos Gabinetes*: el carácter, aquél carácter firme y tenaz que siempre le había envidiado Silvela, el hombre de la *Etica lisa*. Porque de Azcárraga ya sabíamos lo que daba de sí: toda la vida fué para las gentes un buen señor que interrumpía un tríduo ó cualquier otro ejercicio religioso para encargarse del Gobierno, pero siempre diciendo con maravillosa ingenuidad: «¡Conste que yo no sirvo para nada, que soy un infeliz!»

¿Pero el ilustre D. Raimundo? ¡Un león un poco chato y sin melenas, pero un león para aquéllo, que ya ha pasado á la historia, del saneamiento de la mone-



EL ETERNO VIAJE

NOZALEDA.—DIGA, BUEN MOZO: ¿EL TREN QUE VA A VALENCIA, ME HACE EL FAVOR?
EL MOZO.—¡ANDA! ¡PUES SI ESPERA A ESE TREN, YA TIENE USTED PARA RATO!

da (q. e. p. d.)! Y sin embargo... de la peseta no sabemos nada, y si sabemos algo es muy desagradable: los cambios suben gracias á las excelentes disposiciones financieras de García Alix, á quien nadie le ha llamado por ese camino más que Villaverde, y el hambre en media España... es uno de los números de más éxito que tiene D. Raimundo en su programa.

Eminentemente simbólica en estas circunstancias resulta la visita que al ministro de Hacienda ha hecho días pasados una comisión de tratantes en cueros, con perdón de ustedes. Dentro de poco, y á seguir las cosas como van, todas las comisiones en España tendrán forzosamente que visitar á los ministros como los señores de esa comisión, que por cierto fué á pedirle al ministro con un candor envidiable que se unificase el criterio de las delegaciones de Hacienda en la aplicación de sus tarifas. ¡Como si fuera posible unificar una cosa que no hay en todo el Gobierno! Comprendo el asombro de García Alix. No hay que hacer prolija enumeración de los éxitos de este Gabinete, llamado á hacer bueno el anterior de Azcárraga, ¡que es el delirio! Como dicen los articulistas que plumean los fondos, en la conciencia de todo el mundo está.

Y sin embargo, como se agarra el muérdago á la encina, ó mucho más exacto, como se agarran los hermanos Pidales á cualquier cosa, así Villaverde se ha aferrado al Poder, y hasta supone que en él se hará viejo y verá pasar por delante de la Presidencia el entierro de los caducos demócratas y liberales.

DON TRANQUILO

Aunque nadie se explique
por qué sucede,
la vida se prolonga
de Villaverde...
Vino por unos días,
según dijeron,
y á juzgar por las trazas
va á ser eterno...
Sin enseñar la punta
de su programa,
sin meterse en dibujos,
sin hacer nada...
¡le tienen sin cuidado
nuestros conflictos,
y con tanta pachorra
vive tranquilo...!
Para el buen Don Marcelo,
que en gracia duerma,
fué un perpetuo disgusto
la cuarentena,
y todos, grandes, chicos,
viejos y jóvenes,
le gritaban furiosos
«¡á abrir las Cortes!»
¡Por no abrirlas á tiempo
perdió su influjo,
y le dieron el «larguen»
sin disimulo...
¿Por qué al pseudo-Mesías
de la moneda,
con el propio mandato
no le hacen fuerza?
No hay duda que el amigo
se siente sordo
con indirectas tales
del Padre Cobos...
Su pachorra le salva;
¡que don Raimundo,
á la santa pachorra
debe sus triunfos!
Hoy mismo, cuando surgen
esos problemas

que a las gentes sencillas
nos amedrentan,
hambre, falta de riegos,
sobra de brazos,
Marruecos, subsistencias,
alcoholes, cambios,
él los mira impasible,
tranquilamente...
¡Será quizás el único
que los desprecie!...
Sólo de vez en cuando
lanza unas notas,
que hablan ora de viajes,
ora de bodas,
para que todo el mundo,
charlando de ellas,
se olvide hasta del nombre
de quien gobierna...
Y así se pasa el tiempo,
vuelan los días,
y este insignificante
se petrifica...
Los quinquenios que Maura
daba por suyos,
¿serán—¡Dios nos ampare!—
para este cucú?

El último Consejo

EL ACTIVO D. HELIODORO LACIERVA.—
¡Caramba, qué gusto! Como siempre, yo soy el quz viene más temprano. Ya me decían en Murcia desde chiquitín que yo *madrugaba*, y aún recuerdo unas aleluyas que me dedicaron y que decían:

Este es Juanito Lacierva,
que siente crecer la hierba.

Por cierto que no sería mala idea hacer una edición popular de las aleluyas con motivo y para mayor solemnidad del Centenario del *Quijote*, porque, la verdad, no es cosa de que todos los honores se los lleve ese Sr. Cervantes á quien casi nadie ha leído... (*Viendo entrar á García Alix.*) ¡Hola, paisano!

GARCÍA ALIX, *chupando una breva más larga que el saneamiento de Cartagena y el de la peseta juntos.*—Hombre, como paisano... lo que es como paisano, ya sabe usted que yo más bien soy militar ó, si se quiere, anfibio, aun cuando Romanones y otros amigos de Cartagena afirman que no soy rana.

UGARTE *entra cantando bajito, como entró en el Ministerio Azcárraga, y como sigue en éste y seguirá en los sucesivos, si no le echan:*

Veniz y vamos todos
con flores á porfía,
con flores á María...

¡Ah, perdón, señores, estaba distraído! Como tengo la costumbre de dirigir orfeones católicos, razón potísima para desempeñar la cartera de Gracia y Justicia, siempre se me queda algo de música entre los dientes. Pero ya que están ustedes juntos, les cantaré un aire popular en su tierra, porque también sé yo cómo las gastan por allá. Ahora han variado un poco la letra, que dice así (*cantando*):

En la huerta de Murcia,
por un chaviquio,
llenán la monteriquia
de ministriquios.

GARCÍA ALIX, *con una sonrisa verdinegra pronuncia las palabras favoritas de su grande amigo Romanones, si bien no acierta á darlas la candidez paradisiaca que el Conde sabe imprimirlas.*—¿Sí, eh?

MARTITEGUI *entra bufando, arrastrando el sable y haciendo sonar las espuelas.*—¡Mil bombas! ¿Qué coplones están ustedes cantando ahí? ¡Vaya una formalidaz! ¿A qué

Loños nos reunimos hoy? Yo ya estoy hasta la punta del pelo de estas juntas en que sólo se habla de cosas que no me importan un pito. ¡Apuesto á que hoy también vamos á tratar de esa guiringaina del Quijote! ¡Voto á San...!

VADILLO, *haciéndose cruces.*—¡Be... be... beendibibito y alabado sea el Santísimo Sacramento! (*Con gravedad cómica.*) ¿Esto es un Consejo de Ministros, ó un cuerpo de guardia? (*Al paño.*) ¡Jesús, María y José, me revientan estos militarotes tan ordinarios! Y que son tres, por falta de uno. (*Alto.*) ¿Será posible, señores, que hoy tratemos de mi proposición del otro día?

LOS OTROS.—¿Cuál?

VADILLO.—De eso del Centenario...

MARTITEGUI, *al paño también.*—¡Rayos y truenos! ¡Qué latero es este buen señor!

VADILLO.—Había yo propuesto que se borrasen por Real Decreto todas las palabras malsonantes que contiene ese libro cuyo Centenario nos es tan útil para justificar los sueldos, ya que de otra cosa no hemos de ocuparnos, y...

VILLAVERDE.—¿Qué éxito, señores, qué éxito el mío! (*Entra resoplando y limpiándose el sudor.*)

LACIERVA, *con extrañeza.*—¿Cuándo?

UGARTE, *lo mismo.*—¿Dónde?

VILLAVERDE, *muy incomodado.*—¡Bufff! ¿Dónde ha de ser, mostrencos? En los toros, de donde vengo ahora.

VADILLO, *con un poquito de queda.*—¿Qué? ¿Ha torreado usted? ¿Hizo usted de D. Tancredo?

VILLAVERDE, *sulfurándose más.*—¿Se quiere usted callar, chupacirios? El redondel en masa, quiero decir, los matadores y las cuadrillas, con *Minuto* á la cabeza, han venido á saludarme, á rendirme parias, como quien dice. ¡A ver cuándo ha hecho eso con Maura ni con Silvela, ni con nadie, ningún torero de á pie ni de á caballo! Verdad es (*palpándose la corbata*) que me ha costado un precioso buho que llevaba aquí, mejor dicho, la cabeza de un buho.

BESADA, *que acaba de entrar, muy alarmado.*—¿Cómo, señor y maestro, ha tenido usted que sacrificar la cabeza del buho?

VILLAVERDE.—Sí, Besada, sí. ¡Bufff! (*Con ademán grandioso.*) La eché al redondel... mejor dicho, á los tendidos, donde estuvieron tentándola una porción de guasones.

BESADA.—¡¡Envidiosos!!

COBIÁN, *entrando con un meneito gracioso que aprendió en el arsenal de la Carraca y ya no lo suelta ni en Cercedilla.*—Señores... yo no sé qué utilidad tendrá mi presencia aquí, pero, francamente, como en el Ministerio se aburre uno tanto...

LACIERVA.—¡Quiá! si precisamente usted es el que más falta nos hace, porque vamos á tratar del Centenario del Quijote, y tengo entendido que Cervantes sabía mucho de Marina.

VADILLO.—¿Qué lástima! En estos tiempos no hubiera podido llegar á ministro del ramo.

VILLAURRUTIA, *con las tres lenguas fuera.*—Guten nach. ¿Ça va bien, mès amis? Very well. ¿What is the matter?

MARTITEGUI.—¡Mil bombas! Este tío, que siempre está hablando en gringo, me estomaga.

VILLAURRUTIA.—¿Est-ce que nous allons causer voyages?

VILLAVERDE.—No, señor. Vamos á tra-

tar del Centenario del Quijote, y usted que no sabe castellano, ¡buff! hace aquí la misma falta que los perros en misa...

VILLAUERRUTIA. — *All right.* (Haciendo una reverencia internacional.)

BESADA, *expeditivo.* — Total, que puede usted seguir haciendo la maleta en tres idiomas.

VILLAUERRUTIA. — *Alors, c'est different. Je m'en vais.*

MARTITEGUI. — Vaya usted á la porra con su algarabía. ¡Mil pares de schrapnells!

VILLAVERDE. — Pues bien, señores, creo que debemos comenzar por el principio, es decir, ¡buff! por enterarnos bien de eso del Quijote. Para ello, ¡buff! naturalmente, traigo aquí un ejemplar. ¡Atención, ¡buff! mucha atención. (Saca el libro y lee.) «En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme...»

(Al llegar á la quinta línea, los ocho consejeros roncan como un solo lirón.) *Telón rápido.*



...Y armas al hombro

De qué hablar sino del hambre?

El hambre en Madrid.

El hambre en Alicante.

El hambre en Vigo.

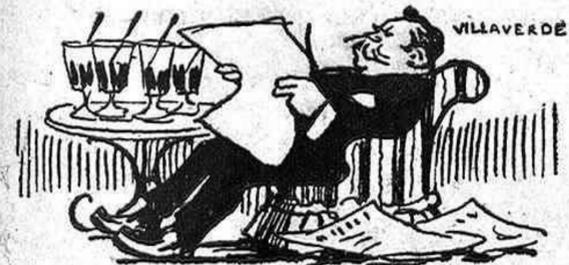
El hambre en Andalucía.

Hambre y apetito
reinan por doquier...

y lo demás que ustedes saben.

El único que no parece saberlo ni darse cuenta de ello es nuestro inenarrable Presidente del Consejo.

Ayer (lo sabemos de buena tinta, porque nos lo dijo su íntimo y reciente amigo *Minuto*, que es ahora quien priva con el Presidente), D. Raimundo leía los periódicos, en que se habla principalmente de esa afeción que hoy padece toda España, y con un gesto de disgusto reconcentrado dijo:



—La verdad, amigo *Minuto*, no comprendo cómo hay tanta gente que tenga gana. Yo... ya lo ve usted, por más que recurro al ajeno, al vermuth, al bitter y á otros aperitivos... nada, apenas si puedo atravesar un alita de pollo. Ya no son estos aquellos tiempos en que después de un hermoso y patriótico empréstito celebrábamos en el Banco una cena sardanapalesca. Por eso, vea usted, por eso me da tanta rabia que aseguren por ahí con tanta desfachatez que en España todo el mundo tiene apetito. No, y mil veces no. ¿Acaso yo no soy nadie? Y ya me ve usted: cada vez más desganado.

Dicho lo cual, D. Raimundo sorbió otro poquito de vermuth con soda, y ofreciéndole á su interlocutor, éste le dijo elocuentemente:

—*Vermut*, sí; pero no soda, D. Raimundo.

Entretanto, nuestra pobre y antigua amiga la peseta sigue gravísima.

Ayer le puso, como de costumbre, el

termómetro clínico García Alix, y exclamó con esa alegría en él tan habitual:

—A 34 y décimas...



Porque García Alix es de los que sostienen que la enfermedad de la peseta es una gran ventaja.

—Aquí lo que hace falta—suele decir—es humor y pesetas, mas que no tengan tanto valor como los francos.

Y siguiendo el raciocinio, digámoslo así, de su ilustre Presidente, añade ó añade:

—Después de todo, nosotros, ¿qué tenemos que comprar en francos? Yo en lo que más gasto es en fumar, ¡y me regalan las brevas!...

En vista de que tenemos tan olvidado á Villaurrutia, el hombre que ha venido al Ministerio de Estado á callarse en tres idiomas, nuestro ilustre jefe Gedeón fué á visitarle el otro día.

Le encontró tan trilingüe como siempre, pero mucho más preocupado.

—*My dear Gedeón*—dijo el hombre de la lengua tripartita y de la cara triangular,—¿qué dirá usted que estoy haciendo?

—¿Arreglando la cuestión marroquí?

—¡Déjese usted de esas menudencias!



—¿Preparando algún nuevo tratado?

—¡Patarata! Estoy aprendiendo un nuevo idioma que no conocía...

—¡Carape, D. Wenceslao, me deja usted casi *helao*!...

—Como usted lo oye.

—¿Y cuál es ese idioma? ¿Es que van ustedes á viajar por Rusia? ¿Por Suecia? ¿Acaso por Etiopía?

—No, amigo Gedeón. ¡Lo que estoy aprendiendo es el valenciano!

La otra tarde había gran rebullicio en el lugar de la calle de Sevilla concido por *La gusanera*.

Nosotros nos acercamos, y no sin asombro pudimos comprobar que entre aquellos apreciables capitalistas el tema de la conversación era el más usual y frecuente en tales latitudes.

Se hablaba de los ingleses.

—Yo no comprendo—vociferaba un orador con los codos rotos y los tacones viudos—cómo salimos ahora con que los ingleses nos aman tiernamente.



—Ni yo tampoco—añadía otro *preopnante* con pantalones-zorros y gabán de riguroso guñapo.—¿Qué favores le hemos debido nunca á la Gran Bretaña?

—¿Conoceré yo á los ingleses?—añadía un tercero resfriado, sonándose con el embozo.—Pues apuesto lo que ustedes quieran á que tampoco esta vez nos proporcionan media tostada de abajo.

Gedeón estuvo en la corrida de la Asociación de la Prensa y pudo hacer varias observaciones agradables é instructivas.

Una de ellas fué que algunos señores del respetable público, en cuanto vieron asomar al tercer toro y se les figuró que era más sacudido de carnes que los demás ó que tenía menos *madera* que... ¡Jesús, qué disparate íbamos á decir!, vamos, menos astas que las *debidas*, empezaron á llamarnos ¡ladrones! y otros epítetos igualmente afectuosos y cultos.

Sin perjuicio de que esos mismos sujetos, antes de terminar la corrida, se lanzasen á arrancar y destrozarse las flores y el follaje de papel que adornaban la plaza, hasta que un caballero amigo de Gedeón les gritó:—¡Eh, que eso no se come!

Gedeón admiró y aplaudió á los diestros, y singularmente á Machaquito, cuyos volapiés le parecen mucho más persuasivos que la oratoria de García Alix.

Y ¡vean ustedes lo que son las cosas!

Un hombre con tantos riñones como Machaquito, si en vez de ver salir por la puerta de toriles un Saltillo ve un automóvil...

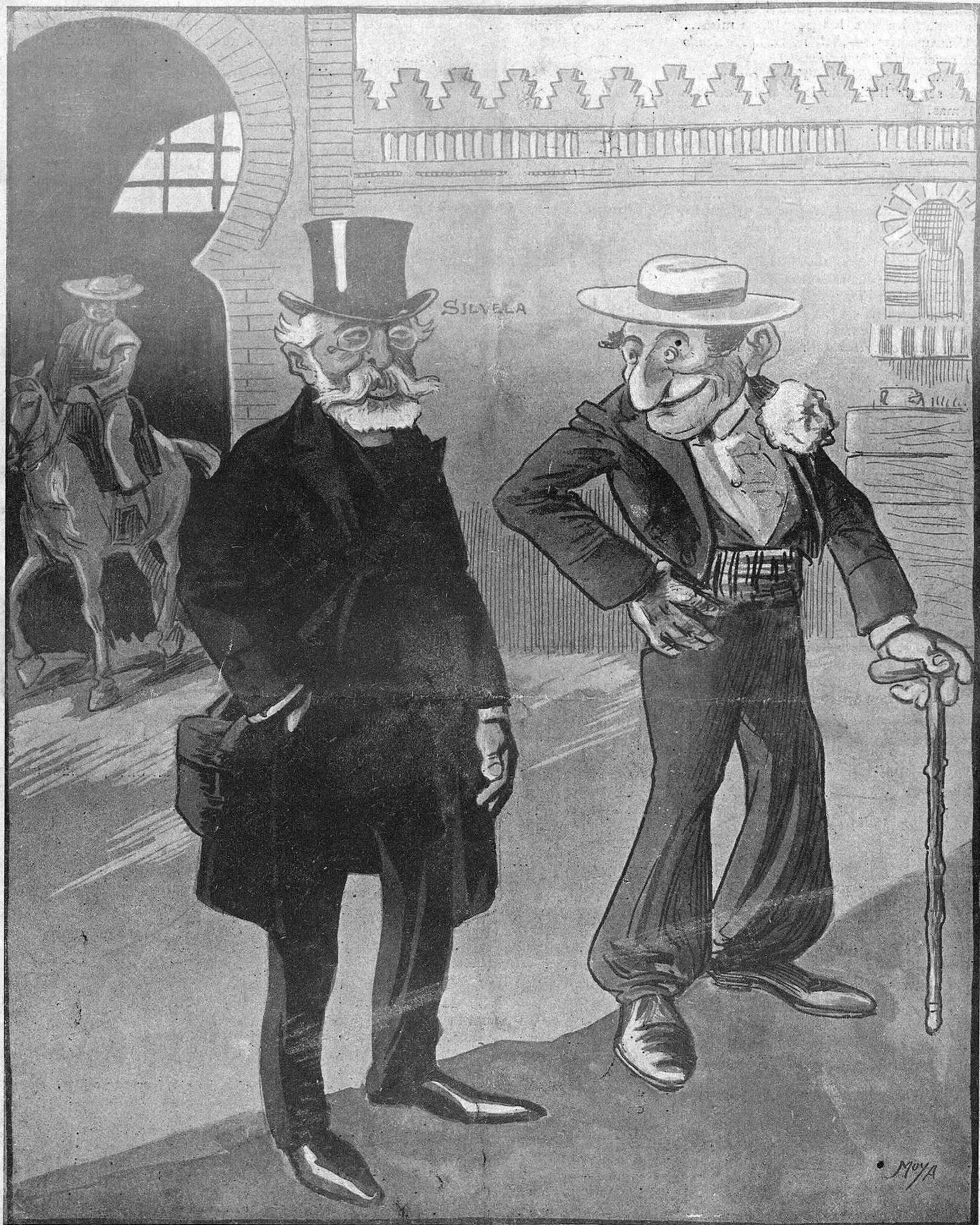


Se va á tomar el olivo, como una *María Juye*.

Cual todo el mundo pensaba, cual todo el mundo decía, desde que España se hizo un periódico maurista, el apreciable colega ya ha terminado su vida. Maura acabó con España.



¡Mucho ojo, hermano cajista, esta España es el periódico: póngalo usted *de cursiva*! Pero es lo cierto, señores, que si otra vez á la silla ministerial Maura asciende (el Señor no lo permita), como dos y dos son cuatro, con la misma sangre fría (¡oyelo si oídos tienes, y si tienes ojos, mira!) Maura acaba con España. Y entonces, mi buen cajista, no pondrá usted, ¡vive el cielo! esta España *de cursiva*.



EN EL PATIO DE CABALLOS

GEDEÓN.—¡CARAMBA, D. FRANCISCO, USTED POR AQUÍ, SIENDO TAN ENEMIGO DE LOS TOROS!

SILVELA.—NO VENGO A LOS TOROS, GEDEÓN: VENGO A «INTERVIEWAR» A «MINUTO».

GEDEÓN.—¡.....?

SILVELA.—SÍ, PORQUE TAMBIÉN ESTOY SINTIENDO MUCHÍSIMAS GANAS DE DEJARME OTRA VEZ LA COLETA.